

## **“La individualización en el contexto del desarrollo humano”**

El interés que motiva este ensayo es hacer un primer acercamiento al fenómeno de la individualización, considerando el marco que otorgan los Informes de Desarrollo Humano (IDH) nacionales y sus hallazgos más relevantes en torno a esta materia, integrando además al análisis las miradas teóricas de las ciencias sociales que configuran la reflexión sobre la individualización en el contexto de la modernidad. A partir de la revisión documental y las inquietudes que han emergido en torno a la temática, hilaré un relato que me permita ir profundizando en la comprensión de la individualización, su interacción con el desarrollo humano y la dimensión sociocultural, tejiendo una voz propia que emerja de la articulación e interrelación de los referentes consultados.

He tomado como punto de inicio la tesis número tres del informe “Chile en veinte años, un recorrido a través de los informes sobre Desarrollo Humano” (2017), la cual es parte de las ocho tesis que dan cuenta de los principales nudos de continuidad y cambio los IDH nacionales: *“La mayor autonomía para construir proyectos de vida y la debilidad de los soportes sociales para concretarlos”*. Este planteamiento nos remite a pensar en la libertad e identidad individual, el desarrollo de las propias capacidades y el anhelado bienestar subjetivo como componentes de los proyectos de vida, junto a los factores de naturaleza social y cultural que dificultan o potencian su desarrollo. Relevante es, por tanto, explorar los matices y conexiones entre individuo, sociedad y cultura, en el marco de este nuevo imperativo que, en principio, pone el ejercicio de la libertad de las personas al centro del desarrollo humano. *“Ante un mundo que presenta, a la vez, una mayor incertidumbre y un mayor rango de opciones, los seres humanos se ven obligados a elegir entre una amplia gama de oportunidades. La intensificación del proceso de individualización, propio de la modernidad tardía, lleva a que la identidad deje de ser un “dato” para convertirse en una “tarea””* (Zabludivsky, 2012).

Según el Programa de Naciones Unidas (PNUD), los años 1990 marcan un hito en la definición de Desarrollo Humano, con el primer quiebre de la visión economicista que definió los marcos explicativos del desarrollo y la apertura a una nueva forma de concebir e incluir la subjetividad de las personas en su abordaje y comprensión. *“...fue la crítica de Amartya Sen al utilitarismo convencional la que abrió la puerta para una reformulación conceptual de la noción de bienestar que permitiría –y requeriría– otra caracterización del progreso humano”* (Unceta, 2009). Es a principios de los noventa que las ciencias sociales incorporan la teoría de la individualización en Chile, a partir del Informe de Desarrollo Humano del año 1998 del PNUD y las reflexiones de Norbert Lechner (1999), lo cual va dando luces sobre un nuevo “estado” de la sociedad chilena, en la cual el paulatino incremento de los índices de desarrollo humano efectivamente van reflejando los cambios y transformaciones de las últimas décadas, sobre todo en la vivencia del campo individual marcado por sustantivos cambios generacionales que han otorgado una base de

condiciones sociales, económicas y educativas al desarrollo de las personas y sus identidades. En esta línea, en el informe IDH del 2012 ya nos encontramos con la emergencia del concepto de *agencia* relacionado al proyecto de vida, abriendo la comprensión hacia el concepto de *bienestar subjetivo*, que integraría lo individual y lo sociocultural. En el IDH del año 2012 se consigna que *“para resignificar el horizonte del desarrollo poniendo al centro los proyectos de vida de las personas, es necesario ampliar la mirada y asumir en toda su complejidad una dimensión hasta ahora menos atendida del desarrollo: la subjetividad”* (IDH, 2012).

Los IDH han estudiado la individualización a partir de diversos planteamientos que han ido complejizándose, a medida que lo ha hecho la sociedad y sus tradicionales referentes culturales. *“Otro de los focos claves de observación de los IDH chilenos ha sido el proceso de individualización, propio de la constitución de individuos en las sociedades modernas, mediante el cual las personas redefinen su relación con la tradición y las normas heredadas y se transforman ellas mismas en los referentes de sus vidas”* (IDH: 2017). El objetivo de explicar, comprender o interpretar la relación entre individuos y referentes socioculturales ha sido el motor de las ciencias sociales clásicas y contemporáneas, ya sea estableciendo patrones de conducta o identificando conductas disruptivas o anómicas, al tiempo de reconocer los diversos mecanismos de socialización y/o transmisión de modelos culturales que orientan y dotan de sentido a la experiencia subjetiva, registrando su diversidad. Desde la mirada antropológica, *“existe en toda sociedad una tensión entre el sentido, entendido como un conjunto de relaciones transables, y la libertad, definida como el espacio dejado a la iniciativa individual”* (Augé, 2017). Así las cosas, ¿qué capacidad tienen los individuos de incidir en su propio destino e identidad, y cuánta libertad –y en qué ámbitos- otorgan las distintas sociedades a las personas que la componen? El contexto de la modernidad ha establecido el marco cultural de esta gran transformación del individuo iniciada en la ilustración y el resurgimiento y valoración de la racionalidad científica por sobre el pensamiento religioso y sus conocidos mega relatos, a partir de los cuales las personas dotaban de sentido a su existencia y a sus proyectos de vida en un marco predecible y predeterminado. Hoy, bajo una creciente complejidad, Beck plantea que la individualización apunta a que son los individuos quienes deben producir, representar y combinar por sí mismos sus propias biografías.

*“Uno de los hallazgos centrales de este informe es que los sueños de los chilenos son marcadamente individuales, por lo que existiría un bloqueo de los sueños colectivos y una “individualización acompañada de privatización”, en que las personas ganan autonomía individual pero a costa de retraerse de los ámbitos sociales”* (IDH: 2000). Sumado a ello, el IDH 2002 advierte que así como aumenta la libertad individual crecen las desigualdades e incertidumbres: las capacidades individuales para la autorrealización presentan grandes brechas y distancias. De esta paradoja surge el concepto de *“individualización asocial”*, dado por la creciente estimulación en la realización de proyectos de vida y las paralelas limitaciones sociales para desarrollarlos. Los IDH dejan en evidencia que sin soportes sociales y equidad de oportunidades se cierran las posibilidades de imaginar y concretar proyectos de vida, revelando a su vez que los individuos no conciben a la sociedad como

una aliada en este propósito, quedando “a la deriva” sólo con sus méritos y esfuerzos. Así, el desafío planteado por los IDH para repensar el futuro es reconstruir el vínculo entre lo individual y colectivo, de manera que las personas visualicen con plena claridad la conexión existente entre sus vidas y la sociedad en la que se desenvuelven.

La persona es, sin duda, una realidad multidimensional mediada por los contextos de sentido que acompañan su proceso de socialización y desarrollo en una sociedad y cultura determinada. Su proyecto de vida, su consumo cultural, su identidad, su modelo familiar o su aspiración más íntima están mediados por redes de significados culturalmente contruidos y más o menos compartidos por las comunidades humanas en las que se desenvuelve. Este planteamiento nos lleva necesariamente a escudriñar en la dimensión de la cultura, ante lo cual el IDH 2004 sostiene que “Chile vive un déficit cultural”, pues existe un desajuste entre las dimensiones de la convivencia, en tanto las personas no experimentan la vida social sin poseer una representación cultural de la misma. Es precisamente esa dinámica compleja la que va forjando las diversas individualidades, y es por ello que dicha inter relación ha sido preocupación permanente de las ciencias sociales. En este sentido, *“El proceso de individualización revoluciona el vínculo social por su ligazón con el proceso de diferenciación de la sociedad. En lugar de las pocas clases y fuerzas sociales, ahora se percibe una multiplicación de actores y una variedad de sistemas de valores y creencias”* (IDH: 2004). Esta creciente diversificación de referentes culturales dada por la modernidad y globalización ya asentadas, constituye otro rasgo de la individualización. *“Las identidades de clase, religiosas o políticas, aquellas que a mediados del siglo XX permitían a los individuos definir el contenido central de su proyecto vital, han pasado a ser elementos más bien secundarios”* (IDH: 2004). La oferta diversificada de sentidos y símbolos que otorga la cultura del consumo ha debilitado el tradicional marco de sentido homogéneo y compartido que constituyó los discursos de unidad en los orígenes y consolidación del Estado-Nación, lo cual impregna de tensiones y contradicciones a los procesos de individualización.

A este respecto, los IDH han dejado de manifiesto que el consumo cultural de las personas se asocia a distintos niveles de individualización al interior de la sociedad, lo cual desencadena en una mayor valoración de la diversidad y disposición a la tolerancia y no discriminación. Y, justamente, dicha capacidad no depende sólo de las posibilidades individuales, sino que del acceso diferenciado o desigual a recursos culturales y materiales, dado por la estructura social. *“Son los estudios culturales los que han privilegiado la pregunta por el rol que la participación en los bienes simbólicos tiene sobre la construcción de las diferencias sociales o de las biografías individuales”* (Jameson, 1993), preguntándose por las formas en que los individuos expresan y afirman las diferencias de sus identidades particulares a través del consumo de ciertos símbolos y significados. Guell, Peters y Morales sostienen que lo que condiciona el consumo cultural no sería la estructura de clases, sino la estructura de los prestigios sociales, es decir, que algunos miembros de la sociedad poseen mayor libertad que otros para definir sus preferencias y adquirir bienes, lo cual nos lleva a interpretar que avanzar hacia una individualización más completa implica la conquista de dichas libertades, que además garanticen la existencia de individuos más preparados y

capacitados para convivir en escenarios de alta diversidad y complejidad sociocultural. A lo anterior se suma además la variable socioeconómica, ya que dichos autores han demostrado que esta variable está relacionada con un mayor nivel de individuación, así como la edad y el nivel de educación.

Para Elias, la individualización es una forma de vida social que solo es posible por la existencia de instituciones y de referentes culturales compartidos, que hacen viable este tipo específico de comportamiento. Desde la perspectiva sociológica, la individualización aparece como resultado del proceso histórico de las sociedades modernas, expresado en sus instituciones y referentes culturales. Por consiguiente, se infiere que a mayor complejidad más se patentan la individualización como fenómeno propio de este tipo de sociedades, en las que las personas se conciben como parte de una sociedad pero a la vez visualizan menos límites en el desarrollo de sus libertades y elecciones propias, adquiriendo una nueva conciencia sobre las propias capacidades para incidir en sus proyectos de vida -desafiando a las determinantes externas- y en las esferas políticas de su comunidad, región o país. A su vez, mientras más individualización se experimenta en una sociedad, más sólidos deben ser los soportes sociales que aseguren su “adecuada” integración. En este contexto, y debido a la diversidad sociocultural contemporánea, *“la individualización tiene siempre un carácter polémico, pues debe afirmarse frente a estructuras y comportamientos que se oponen a su despliegue”* (Guell, Peters y Morales, 2012). Esto último nos lleva a pensar en todos los ámbitos vitales en los cuales los individuos se plantean críticos y resistentes a ciertos marcos normativos que, desde la subjetividad, restringen su libertad de decisión.

He querido detener el análisis en el consumo cultural, debido a la relevancia que adquiere en el proceso de construcción de identidades o biografías individuales, lo que constituye uno de los propósitos fundantes de la individualización en las sociedades modernas. Las diversas formas de estratificación (género, barrio, raza, apellidos, entre otras) afectan las posibilidades y formas del consumo cultural que ejercen las personas a través de medios impersonales como el dinero y el derecho, y *“la mercantilización creciente de bienes biográficamente significativos se refuerza a medida que los individuos los demandan”* (Guell, Peters y Morales, 2012). Así, a partir del análisis empírico del consumo cultural entre los chilenos, los autores concluyen que no existe “la individualización”, sino formas socialmente estructuradas de individualización. De este modo, observamos que el fenómeno en cuestión se debe comprender en su interrelación con diversas esferas sociales y culturales de la experiencia vital, ya que dichas conexiones arrojan nuevo conocimiento sobre la vivencia, despliegue, límites y nuevas conquistas de la propia individualidad.

Uno de los temores que nacen con la ilustración es que la mayor libertad conquistada por los individuos engendrara el caos y desorden, ante el supuesto “debilitamiento” de las tradiciones, autoridades, jerarquías y comunidades. Como lo plantean Martucelli y de Singly, desde la perspectiva sociológica clásica se ha planteado el paso de la “comunidad a la sociedad”, proceso que va definiendo una mayor autonomía de

los individuos de las autoridades y ya no se define por sus pertenencias sociales, a diferencia del individuo anclado a una sociedad en la cual puede establecer lazos contractuales más impersonales. En este escenario, *“el individuo de una “sociedad” es un ser más emancipado que un miembro de una “comunidad”, pero arriesga ser menos feliz, puesto que sus deseos infinitos están poco limitados”* (Martucelli y de Singly, 2012). Es muy posible que este diagnóstico explique las crecientes tendencias localistas a retomar la lógica de “lo comunitario” tanto desde el nivel individual como social, incluyendo a las políticas públicas. ¿Cómo garantizar el desarrollo de procesos de individualización más satisfactorios –que implican una creciente diferenciación- fortaleciendo a su vez los referentes culturales compartidos que doten de sentido a las relaciones sociales? Es posible que una vía que se desarrolla orgánicamente sea la que esbozan los mayores niveles de consumo cultural, cuya “consecuencia valórica” va alimentando una cultura cuyas relaciones se basan en el respeto a la diversidad cultural. Conjuntamente, la creciente diferenciación entre los individuos, que permite precisamente el consumo cultural de objetos simbólicos que otorgan particularidad individual, se presenta como una respuesta al anonimato e impersonalidad que vivencian los individuos en las sociedades modernas, opuestas a la “comunidad perdida” en la cual los sujetos se asemejan más entre sí, reflejando una identidad cultural más uniforme y homogénea con referentes culturales más “limitados” y predecibles.

Retomando la relación entre individualización y modernidad, el IDH del año 2008 diagnostica un malestar social expresado en el miedo a la exclusión, el miedo al otro y el miedo al sinsentido. En esta línea, Lechner se plantea la pregunta: *“¿existe una relación entre el proceso de modernización y dichos síntomas de malestar? Podría afirmarse que a pesar de un avance de la modernización existen sentimientos de desazón e inseguridad o bien a la inversa, que surgen precisamente a raíz de esa estrategia de modernización”* (Lechner, 1999). Esta “obligación” social que tienen las personas de “elegir” su vida, como sostiene Beck, *“aumenta también la incertidumbre, la angustia y la inseguridad al hacer obligatoria la responsabilidad respecto de sí mismo”* (Martucelli y de Singly, 2012), lo cual deja expuesto al individuo a ser evaluado y juzgado en sus éxitos y fracasos personales como exclusivos frutos de sus propias decisiones, quedando los soportes sociales mayormente invisibilizados desde el sentido común. Por otro lado, y como consecuencia metodológica, es posible visualizar los cambios socioculturales a través de la observación y categorización de las biografías personales, lo cual representa un rico campo de estudios para las ciencias sociales contemporáneas.

Por último, y para cerrar provisoriamente la reflexión sobre individualización y modernidad, Yopo plantea que los estudios realizados en el marco del Informe de Desarrollo Humano del PNUD del año 1998 concluyen que los individuos en Chile percibirían de forma distinta las transformaciones culturales de la modernidad, dependiendo de sus competencias, expectativas, biografías y planes de vida. Es decir, la modernidad no es sólo una serie de condicionantes históricas o un estado social más o menos “superado”, sino más bien un espectro amplio de lecturas e interpretaciones de la misma a partir de la conjugación de dichas variables en la experiencia particular de cada individuo circunscrito a las sociedades modernas, modernidad particularizada a su vez por la cultura nacional,

regional, local y familiar como contextos de sentido que aportan configuraciones culturales que los individuos utilizan para organizar y significar sus experiencias y proyectos de vida.

No sería justo finalizar este ejercicio en torno a la individualización y el desarrollo humano sin explorar brevemente el concepto de *“sobremodernidad”* que propone Marc Augé, el cual complejiza las condiciones que impone la modernidad a la experiencia de individualización y se hermana con las características de la globalización. Si la modernidad marcó la era de la libertad individual basada en la creencia en la razón y en las ilimitadas capacidades individuales para realizar su propio destino, hoy habitamos un mundo mediatizado por la información y el conocimiento, en el cual *“estamos cada día más conscientes del hecho de que nuestras vidas dependen de decisiones y acontecimientos que escapan de nuestro control, cuya significación se sitúa en una escala global”* (Augé, 2017). Para este autor, son los medios de comunicación los que *“sustituyen”* un espacio planetario inexistente, en tanto ellos asumen el rol que antes desempeñaban las cosmologías, lo cual añade un nuevo elemento que afecta los procesos de individualización cuyo cauce se expresa y refleja en las *“identidades digitales”* que interactúan entre sí en los *“no lugares empíricos”*, definidos por Augé como espacios de circulación, de consumo y comunicación. Precisamente, *“en la expresión de los espacios virtuales se puede ver claramente el signo de una progresión rápida de la sobremodernidad, entendida como la combinación del estrechamiento del espacio, la aceleración del tiempo y la individualización de los destinos”* (Augé, 2017). Interesante es visualizar cómo en este contexto no empírico el anonimato del individuo aleja cada vez más la experiencia tradicional de comunidad, y acrecienta la sensación de libertad en una experiencia que se desarrolla a múltiples escalas transversalizadas por la sociedad de consumo, en la cual se hace más urgente construir identidades auténticas que, más allá de las múltiples opciones históricamente adquiridas, humanicen y enriquezcan los proyectos de vida sin perder de vista los referentes de la vida en comunidad.

## **Bibliografía**

Augé, M. (2017). Travesías y ficciones de la antropología en el contexto de la globalización. Santiago: Pehuén.

Zabludivsky, G. (2013). El concepto de individualización en la sociología clásica y contemporánea. Villa Quietud: Revista Política y cultura, versión impresa, ISSN 0188-7742.

Martucelli, D. y de Singly, F. (2012). Las sociologías del individuo. Santiago: LOM.

Güell, P., Peters, T. (2012). La trama social de las prácticas culturales. Sociedad y subjetividad en el consumo cultural de los chilenos. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Unceta, K. (2009). Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. País Vasco: Carta Latinoamericana N°7.

Lechner, N. (1999). Desafíos de un desarrollo humano: Individualización y capital social. Ponencia presentada en Asamblea General BID, París.

Yopo, M. (2013). Individualización en Chile: Individuo y sociedad en las transformaciones culturales recientes. Valparaíso: Revista Psicoperspectivas N°12, versión On-line, ISSN 0718-6924.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2017). Chile en veinte años, un recorrido a través de los informes de desarrollo humano. Santiago: PNUD.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004). Desarrollo Humano en Chile: nosotros los chilenos, un desafío cultural. Vol. 1 y vol. 2. Santiago: PNUD.